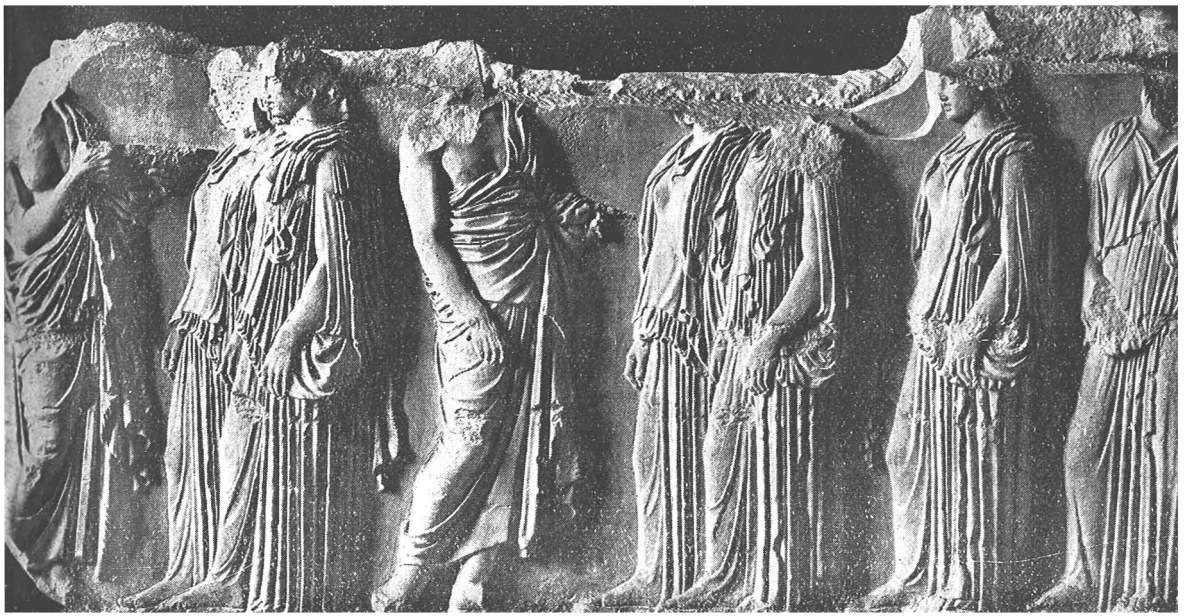


PAUL VALERY

LA JEUNE PARQUE

VERSION CASTELLANA DE
CARLOS R. DE DAMPIERRE

A

ANDRÉ GIDE

Depuis bien des années
j'avais laissé l'art des vers;
essayant de m'y astreindre encore,
j'ai fait cet exercice
que je te dédie.
1917

Le Ciel a-t-il formé cet amas de merveilles
Pour la demeure d'un serpent
P. CORNEILLE

¿QUIÉN llora ahí? ¿Es el viento sencillo en esta hora,
sola con los diamantes extremos?... ¡Ah! ¿Quién llora
tan cerca de mí misma, cuando empieza a llorar?

Esta mano que sueña mi rostro acariciar,
distraídamente dócil a una intención profunda,
de mi ternura espera que en lágrimas se funda,
y que de mis destinos lentamente extraído,
lo más puro ilumine mi corazón herido.
La sombra de un reproche la mar me está diciendo,
o a sus grutas de roca, con suavidad, sorbiendo
—como cosa que hastía, bebida amargamente—
un rumor de congoja y de queja doliente ..
¿Qué haces tú, erizada, y qué esta mano helada,
y qué estremecimiento, como de hoja esquivada,
persiste entre las islas de mis senos sin velo?
Yo brillo al reflejarte, desconocido cielo.
Mi sed fatal alumbra racimos luminosos.

Astros inevitables, ausentes, poderosos,
que vertéis de tan lejos sobre lo temporal

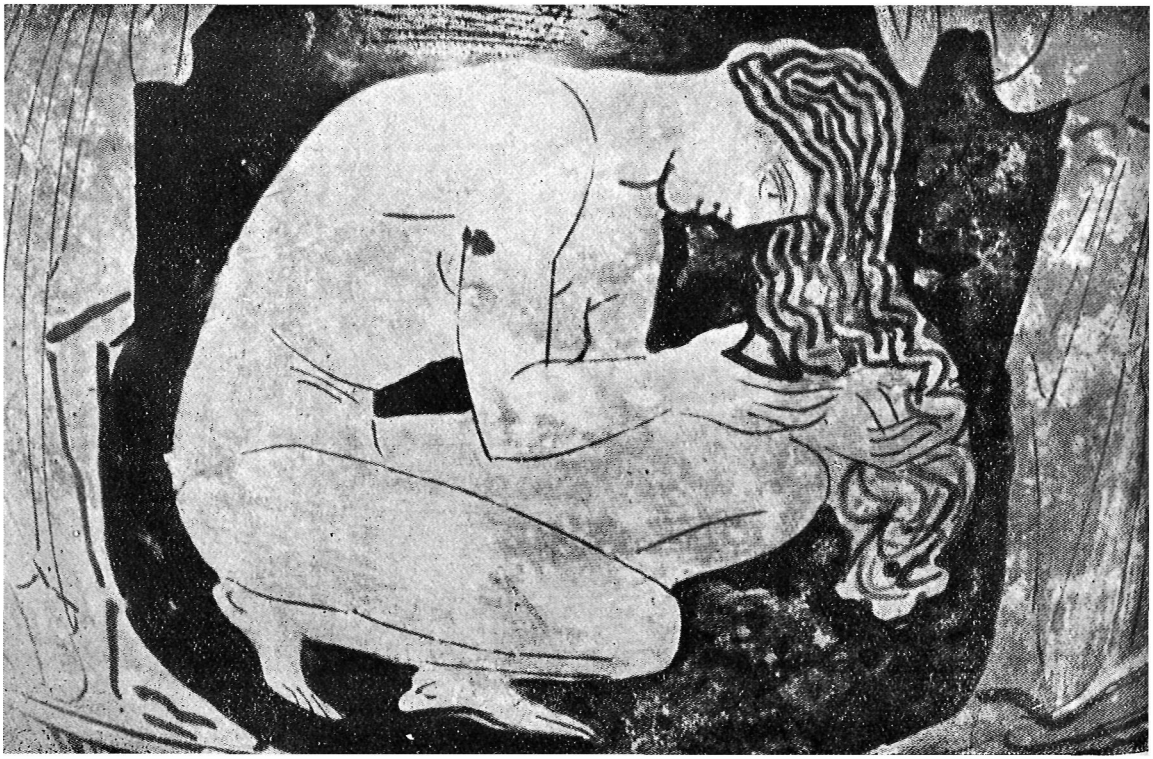
un no sé qué de puro y sobrenatural;
que hundís hasta la fuente de los llantos humanos
las armas invencibles, los rayos soberanos
y las palpitaciones de vuestra eternidad:
yo estoy entre vosotros, temblando, en soledad.
He dejado mi lecho, y en el escollo, alerta,
le pregunto a mi alma qué dolor la despierta,
qué crimen sobre mí o por mí consumado...
...O si el mal me persigue de un sueño clausurado
cuando (muerto en las lámparas a un soplo el oro inquieto)
con mis brazos espesos mis dos sienes sujeto
y un resplandor del alma sobre la carne espero.
¿Toda? Sí, toda mía. Yo vi mi ser entero,
la extensión de mi carne que en un temblor se tensa,
y dorada, sinuosa, y a mi sangre suspensa
yo me veía verme, llevando un resplandor,
de mirada en mirada, a mi selva interior.

Por ella me internaba, siguiendo a una serpiente
que me había mordido.

¡Qué repliegue insistente
de deseos su cola!... ¡Qué caos de ansiedad,
y qué sombría sed de toda claridad!

¡Oh, qué astucia! A la luz con el dolor venida
aún más que vulnerada me sentí conocida...
En lo oscuro del alma siento un punzante roce;
mi veneno, el veneno, me alumbra y se conoce;
a una virgen colora a sí misma enlazada,
celosa... ¿mas de quién celosa, amenazada?
¿Y cuál es el silencio que habla a mi posesor?

Una secreta hermana arde en el interior
de mi llaga, y suplanta a la atenta extremada.



II

Ya de ti, sierpe ingenua, no necesito nada.
A mí misma me enlazo ¡vertiginoso ser!
La trama de tus nudos ya no he de menester,
ni tu fidelidad que me huye y me adivina...
Mi alma propia me basta —ornamento de ruina—
que, esparciendo el dolor sobre mi sombra, sabe
de mi pecho en las noches morder la roca suave;
la leche de los sueños mamarme largamente...
Deja, pues, desmayar el brazo reluciente
que amenaza de amor cuanto el alma recrea...
Sobre mí nada puedes que menos cruel me sea,
cruel y deseable... Calma esas ondas, esas
vorágines que mueven tus inmundas promesas...
La sorpresa se abrevia en mis ojos abiertos.
Yo no esperaba menos de mis ricos desiertos
que un tal engendramiento de furor y ansiedad:
su fondo apasionado brilla de sequedad,
y hasta donde en mis ojos la sed de ver avanza
de infiernos pensativos ve el fin sin esperanza...
Lo sé: como un teatro mi cansancio parece.
No es tan puro el espíritu que a desear no empiece
su fuga solitaria, como la antorcha iría
apartando los muros de su tumba sombría.
De una espera infinita todo aquí nacer puede;
a una cierta agonía la sombra misma cede,
se entreabre el alma avara, de un monstruo cede al ruego
que gime ante el dintel de una puerta de fuego ..
Pero, aunque caprichoso y pronto a las delicias,
¡oh reptil recorrido de vivientes caricias!,
tu próxima impaciencia, tu grave laxitud
¿qué son ante mi noche de eterna longitud?
Contemplabas dormir mi hermosa negligencia...
Mas para mis peligros ¡ya tengo inteligencia!
que en perfidia y astucia los vence con exceso.
¡Toma el hilo viscoso del oscuro regreso!
Ofrece a ojos más ciegos esas danzas lascivas,
resbala hacia otros lechos tus pieles sucesivas,
incuba en otros pechos el germen de su mal.
¡Que en la anillada cárcel de tu sueño animal

hasta el alba jadee una inocencia ansiosa!
Yo velo. Yo resurjo, pálida y prodigiosa,
toda húmeda de un llanto que jamás he vertido,
de una ausencia con formas de mortal, que ha mecido
aquel llanto... Y rompiendo la tumba encalmadora,
yo me incorporo inquieta y al par dominadora,
pues cuando la mirada con la noche se junta
el orgullo alucina cuanto el alma pregunta.

Mas temía perder una angustia divina,
y besando en mi mano la mordedura fina
ya, de mi antiguo cuerpo insensible, sabía
tan sólo aquella llama que en mis bordes ardía.

¡Adiós, mi YO, *mi hermana mortal y evanescente!...*

Armonïosa YO, *de un sueño diferente,*
mujer flexible y firme, con silencios seguidos
de actos puros!... Cabellos, que en ondas esparcidos,
desde la frente el viento velludo se los lleva,
—largas briznas que el vuelo esparce, mezcla, eleva...—
¡Decid!... Yo era la igual y la esposa del día,

sólo apoyo sonriente que de amor se ofrecía
a aquella omnipotente altitud adorada...

¡Qué chispa en mis pestañas ciegamente dorada,
oh párpados que oprimen un nocturno tesoro!
Yo estaba orando a tientas en vuestra gruta de oro.
A lo eterno porosa y en lo eterno encerrada,
me ofrendaba en mi fruto para ser devorada
por lo eterno, ignorando que un ansia de acabar
en esta rubia pulpa pudiese madurar:
aun mi sabor amargo estaba en su trasluz;
sólo un hombro desnudo sacrifiqué a la luz,
y en el pecho de miel en cuyo nacimiento
¡tan tierno! encuentra el cielo su dulce cumplimiento,
la figura del mundo dormía desposada.
Luego, en el dios brillante, errante encarcelada,
yo me agitaba ardiente, pisando el firme suelo,
atando y desatando mis sombras bajo el velo.
Feliz entre la altura de umbelas florecidas
que al aire de mi falda se inclinan sometidas,
de su frágil orgullo en breve abatimiento;
feliz cuando refrenan su libre movimiento,
y el velo, luchar quiere con la rebelde espina,
y el cuerpo, en arco brusco, me afirma y se adivina,
desnudo bajo el velo de vivientes colores
que disputa mi raza a un abrazo de flores.

Sólo a medias añoro esta vana potencia...
Una con el deseo, yo he sido la obediencia
inminente, a estas suaves rodillas sometida;
mi voluntad nacía plena de acción cumplida,
y apenas si más ágil su causa resultaba.
En pos de mis sentidos luminosos nadaba
mi rubia y ciega arcilla, y en esa paz ardiente
que llenaba de sueños naturales mi mente,
lo que es sólo infinito eterno parecía.
Si no fuese ¡Esplendor! que a mis pies se escondía,
inesperadamente, mi sombra, la enemiga,
la momia inquieta y ágil que al buscarme me hostiga
de mi ausencia pintada, besando siempre inerte
el suelo, donde huyo de esta ligera muerte.

Entre la rosa y yo se abriga; se intercala
entre el polvo que baila; por las hojas resbala
que su paso no irrita; rota y reconstruída
resbala ¡oh barca fúnebre!...

Y yo, viviente, erguida,
dura, de mi vacío secretamente armada,
como para el amor la mejilla inflamada,
y aspirando una brisa que aromó el limonero,
sólo devuelvo al día un mirar extranjero...
¡Cuánto puede crecer en mi noche curiosa,
del corazón aislada, la parte misteriosa,
y acendrarse mi arte con ensayos oscuros!...
Estoy cautiva, lejos de los entornos puros;
de un desvanecimiento de aromas abatida,
sintiendo por el sol mi estatua estremecida;
del capricho del oro su mármol recorrido...
Mas yo sé lo que ve mi mirar evadido:
su negrura es el atrio de una infernal morada.
A la brisa del tiempo, yo pienso, abandonada,
—de su amarga raíz ya el alma sin retorno—
pienso (del Universo sobre áureo contorno),
en esa sed de muerte que a la Pitia transida
le hace mugir su anhelo de que acabe la vida.
Mis enemigas, mis dioses, renuevo en mis sentidos;
mis pasos, de palabras al cielo interrumpidos;
mis pausas, ya con sueño sobre el pie vacilante,
que, con reflejos de alas sigue un ave cambiante,
que cien veces al sol con la nada porfía
y arde, en la cima atenta de mi estatua sombría...

¡Oh, peligrosamente botín de su mirada!

El ojo espiritual, en su playa dorada,
vió el alba y el ocaso de tanto y tanto día,
cuyo color y curso mi mente predecía.
El claro aburrimiento de ver sus variaciones
me daba de mi vida funestas previsiones:
el alba me anunciaba todo un día de tedio:
yo estaba medio muerta y acaso también medio
inmortal, sospechando que sólo sea una gema

III

el porvenir: diamante que cierra la diadema
en que se cambia el frío de los males futuros
entre otros tantos fuegos que en mi frente arden puros.

¿Osará el Tiempo alzar, de mis tumbas diversas,
la tarde favorita de palomas dispersas
que se lleva en la estela de un jirón andariego
de mi dócil infancia un reflejo de fuego
y un rosa pudoroso por la esmeralda extiende?

¡Recuerdo, ardiente pira cuyo viento me ofende!
En mi máscara apaga la roja rebeldía
de ser yo, en llamas, otra que la que ser solía...
¡Ven mi sangre, y enciende la tibia circunstancia
que ennobleció el azul de la santa distancia
y el iris insensible del tiempo que he querido!
Ven, y en mí se consume tu don descolorido.
Ven, para que los odie y reconozca al par,
la niña taciturna, el cómplice mirar,
la turbia transparencia que en los bosques se baña,
y que en mi pecho helado brote la voz extraña
que ignoraba tan ronca y de amor tan velada...
Busca el hermoso cuello la cazadora alada.

¿No tuve el corazón sobre sí desmayado?
¡Oh tierra, oh luz del cielo! ¿No estuvo ya enterrado
en la postrer dulzura que a tu violencia ríe?...
¿Pámpano que en mi rostro tercos hilos deslíe,
o telar de pestañas y de troncos fluídos,
luz tierna y tarde rota de brazos confundidos?

«¡Que al cielo alce mi vista y en él trace mi templo,
y sobre mí repose un altar sin ejemplo!»

Grita en todo mi cuerpo la piedra su Palor...
La tierra me es ya sólo un aro de color
que se esquiva a la frente que el vértigo blanquea...
Sobre mi tallo el mundo tiembla y se tambalea;
a mí misma te escapas, corona pensativa;
la muerte aspirar quiere tu rosa fugitiva

y a su fin tenebroso su dulzura endereza.

Que si mi aroma embriaga tu vacía cabeza,
a esta esclava de rey, respira al fin, oh muerte.
Desátame, interpélame, desespérame, oh inerte
cansada de ti misma, oh imagen condenada.
No esperes más... Escucha... La primavera alada
secretos movimientos para mi sangre anuncia;
a sus diamantes últimos el hielo al fin renuncia...
Mañana, con suspiros de bondad sonrientes,
viene la primavera a desellar las fuentes.
¡Primavera asombrosa!... ¿Por dónde habrá llegado?
Ríe y ríe..., viola... Su candor, goteado
casi en palabras, hinche la tierra enternecida.
Los árboles vibrantes de savia estremecida,
cargados y agobiados de horizontes y ramas,
arden sonoros, bailan en crepitantes llamas,
suben al aire, baten todas sus alas (levas
de millaradas hojas que ellas se sienten nuevas)...
Son como nombres aéreos. ¿No escuchas su zumbido,
oh sorda? ¿En el espacio de mil lazos prendido,
ves la copa insumisa que, hacia el cielo vibrante,
por y contra los dioses rema el árbol constante?
¿Ves la flotante selva cuyos troncos potentes
llevan piadosamente a sus inquietas fuentes,
—al adiós desgarrado de sus islas felices—
un río tierno, oh muerte, oculto en sus raíces?

¿Quién a este remolino, siendo mortal, resiste?
¿Qué mortal?

Yo, tan pura, en las mías persiste
el terror de rodillas sin defensa. Estoy rota
por el aire. Las aves traspasan con su nota
inaudita de infancia la sombra en que se apiña
mi corazón. ¡Y rosas!, mi suspiro os aniña,
vencedor, en los brazos que os llevan en bandeja...
Entre mi cabellera pesa como una abeja
—siempre más ebrio hundiéndose con beso más ansioso—
de mi jornada ambigua el cenit delicioso...
¡Luz!... ¡Y tú también, muerte!, al más pronto me entrego.
¡Late mi corazón, que arde y me arrastra ciego!
¡Ah, que se hinche, se llene y se tense este duro

dulce testigo, preso en mi red de azul puro!...

Duro en mí... y a la boca infinita ofrecido...

Caras sombras nacientes cuyo afán me está unido.
¡Deseos! ¡Rostros claros!... ¡Frutos de amor carnal!
¿Los dioses no me dieron mi forma maternal,
mi orilla sinuosa, mi cáliz, mis caricias,
para que arda la vida en su altar de delicias,
donde, al retorno eterno el alma entretejiendo,
simiente, sangre y leche estén siempre surtiendo?
¡No! ¡El horror me ilumina, execrable armonía!
Cada beso presagia una nueva agonía...
Del honor de la carne fluyen, huyen, corrientes
de millones amargos de manes impotentes...
No, soplos; no, ternuras... a quien mi ser convida;
pueblo de mí sediento que me implora la vida,
no la obtendréis de mí: marchad, id, angustiados
espectros por la noche vanamente exhalados.
Juntaréis de los muertos el número impalpable.
No quiero que a unas sombras la luz concierte y hable.
Lejos vuestro mi mente vive clara y siniestra:
¡No pasará la chispa de mi boca a la vuestra!
Y a más... mi corazón su rayo os ha negado...
Me apiado de nosotros ¡polvo arremolinado!

¡Dioses! ¡Pierdo en vosotros, desconcertada, el pie!

Tu débil claridad ya sólo imploraré,
tanto tiempo a mi rostro de asomar impaciente
y única en contestarme, oh lágrima inminente,
que haces temblar delante de mis ojos mortales
una diversidad de sendas funerales.
Gloria del laberinto; tú en el alma nacida,
me traes del corazón esta gota exprimida,
de mi zumo interior distracción misteriosa
que en mis ojos mis sombras sacrifica piadosa,
¡del ante-pensamiento libación delicada!
En la gruta de espanto, dentro de mí excavada,
rezuma muda el agua su misteriosa sal.
¿De dónde naces, lágrima? ¿Cuál es tu manantial?
¿Qué trabajo tan nuevo y triste, eternamente

desde mi sombra amarga te exprime lentamente?
De madre y de mortal vas mis gradas subiendo,
¡oh, testaruda carga!, desgarrando y rompiendo
tu camino en mi tiempo. Tu lentitud segura
me ahoga... Yo, en silencio, beberé tu amargura...
¿Quién te llama en auxilio de mi joven herida?...

Sollozo, herida, esfuerzo, ¿por qué vuestra venida?
¿Para quién, crueles joyas, marcáis el cuerpo helado,
al que una mano abierta la esperanza ha ocultado?
¿A dónde puede ir en la eterna distancia,
sin encontrar respuesta a su propia ignorancia,
este cuerpo en la noche pasmado de su fe?
Tierra turbia de algas, ofrécete a mi pie,
sostenme dulcemente... ¿Mi laxitud nevada
podrá caminar tanto que encuentre su celada?
¿Dónde boga mi cisne? ¿Dónde busca su vuelo?

... ¡Consistencia preciosa! ¡Sentimiento del suelo!
Fundaba en ti mi paso su firmeza sagrada,
mas bajo el pie viviente de nuevo eres creada,
y al tocar con horror en tu pacto natal,
esta tierra tan firme hiere mi pedestal.
Cercano, entre estos pasos, sueña mi precipicio.
Resbaladizo de algas y a la fuga propicio
el insensible escollo (siempre en sí solitario)
comienza... El viento teje al través de un sudario
una confusa trama de añoranzas marinas,
de remos que se mezclan a las olas en ruinas...
Tantos entrechocados estertores de muertes,
rotos, recomenzados... y echadas ya las suertes
desesperadamente diversas y flotando
en el voraz olvido... ¡Ay!, quien vaya encontrando
mis huellas ¿dejará de pensar en sí mismo?

¡Tierra turbia de algas, sostenme en el abismo!

¡Misterïosa YO, *que vives todavía!...*
Vas a reconocerte, al despertar el día,
amargamente igual a tu antigua figura...

VI

V [pág. anterior].

Un espejo se eleva en el mar que fulgura..
Y una risa de ayer sobre el labio sediento,
que anuncia de los Signos el desvanecimiento,
hiela ya en el oriente la blanca alineación
de luces y de piedras, y la total prisión
en que flotará luego del único horizonte
el anillo perfecto... Ya es la hora... Disponte
a mirar: se ve un brazo que, puro, se desnuda...
Te vuelvo a ver, mi brazo... me traes el alba...
¡Oh ruda
presencia de una víctima sin consumar! Umbral
tan dulce y transparente cual banco de coral
lavado en la mar baja por una onda postrera...
Al dejarme la sombra, hostia imperecedera,
a unos nuevos deseos me descubre al dorar
mi carne, del recuerdo sobre el terrible altar.

La escama allí se esfuerza por hacerse visible,
y allí, titubeando en la barca sensible
y a lomo de las olas va el pescador eterno.
Cumplirá cada cosa su fin grave y materno
de siempre renacer incomparable y casta,
y le será devuelto a la tumba entusiasta
el estado de gracia del gozo universal.

¡Salve, divinidades por la rosa y la sal!
Seréis de la luz joven el juguete primero,
¡Islas!... Pronto colmenas, cuando el sol mañanero
haga que en vuestra roca, islas ya presentidas,
pujantes paraísos reclamen nuevas vidas.
Cimas que el sol fecunda y la luz no intimida,
selvas resonadoras de ideas y de vida
caliente de animales y felices criaturas,
¡Islas!... Entra un rumor de marinas cinturas
madres vírgenes siempre, a pesar de esas marcas,
sois como arrodilladas, maravillosas Parcas:
nada iguala las flores que regaláis al mundo,
pero os tiemblan de frío los pies en lo profundo.

¡Oh adorno de mi alma, bajo mi sien creada!
¡Oh muerte, hija secreta y ya entera formada!
¡Divinas repugnancias, castas separaciones
que fuisteis el impulso de mis elevaciones!
¡Oh fervor! ¿No habréis sido más que noble constancia?
Ninguna osó oponer a más corta distancia
la frente de los dioses y su soplo raptor,
e implorando a la noche perfecta su espesor
aspirar por el labio al murmullo supremo.

De la muerte purísima soportaba el extremo
resplandor, como otrora al del sol resistía...
Desnudo, exasperado, mi cuerpo se tendía
y el alma ebria de sí, de silencio y de gloria,
pronta a desvanecerse en su propia memoria,
escucha esperanzada tras sus muros piadosos
llamar el corazón... que a golpes misteriosos
se arruina, y que tan sólo debe a su complacencia
un último temblor de hoja... mi presencia.

Vana esperanza, vana... Morir no puede ahora,
quien, para enternecerse, ante su espejo llora.

¿No hubiese mejor sido, oh loca, en cumplimiento
de mi fin asombroso, preferir por tormento
el lúcido desdén del matiz de la suerte?
¿Encontrarás jamás más transparente muerte,
ni pendiente más pura que a mi pérdida ascienda,
que esta larga mirada de víctima en ofrenda,
sangrando resignada, pálida y sin objeto?
¿Qué le importa una sangre que ya no es su secreto?
¡En qué paz blanca queda, su púrpura al perder,
bella de ser tan débil y al extremo del ser!...
Ella ha calmado al Tiempo que a abolirla venía...
Mas pálida el momento dejarla no podría,
¡tan cerca está la carne de su oscura fontana!
Se torna cada vez más sola y más lejana,
y el corazón tan cerca de su destino, crece,
se mece de cipreses... y hacia morir se mece...
¡Hacia un futuro de humo oloroso llevada

me sentía: ofrecida, total y consumada,
a las nubes felices prometida en mi ser!
Al árbol vaporoso me llegué a parecer,
de quien la majestad perdida levemente
se abandona al amor fundiéndose al ambiente.
Me gana el ser inmenso, y en mi pecho crepita
el incienso que expira una forma infinita...
¡Tiemblan todos los cuerpos radiantes en mi esencia!

¡No! ¡No! ¡No irrites más esta reminiscencia,
lirio oscuro, del cielo alusión tenebrosa!
Tu vigor no ha logrado zozobrar mi preciosa
barca. Entre los instantes llegabas al supremo.
—¿Pero quién vencería a aquel poder extremo,
ávido por tus ojos de admirar el día claro,
y que escogió tu frente por luminoso faro?

Pregúntate a lo menos por qué sordo arcaduz,
vuelves, de entre los muertos, por la noche a la luz.
Recuérdate a ti misma, del instinto separa
el hilo que tu mano disputa al alba clara,
y cuya delgadez, ciegamente seguida,
hasta estas mismas playas ha devuelto tu vida...
¡Sé sutil... y cruel... más sutil todavía!
¡Miente, pero conoce!... Di, ¿por qué hechicería
no has sabido esquivar su tibia vaharada,
ni la obsesión de un pecho de arcilla perfumada?
¿Por dónde has vuelto, oh Sierpe, a tu guarida eterna,
a tus tristes espíritus y a tu olor de caverna?

Ayer me traicionó la carne dominante
y profunda... ¡Oh, sin sueños ni caricias de amante!
Ni demonio ni aroma me tendió la celada
de entregarme a unos brazos virilmente enlazada,
ni de aquel Cisne-dios, de plumas ofendida,
la ardorosa blancura me acarició dormida.

¡En mí hubiera encontrado el mejor de los nidos!,
pues toda por la gracia de mis miembros unidos,
en la sombra fuí, virgen, una ofrenda adorable...

Mas se enamoró el sueño de un dulzor tan amable,
que anudada a mí misma entre el hueco sedoso
de mi pelo, perdí mi dominio nervioso.
En medio de mis brazos me sentí otra mujer
¿que se ajena?... ¿que vuela?... ¿que no puede caer
ya más sobre su carne?... Y el corazón hundido
repite ¿en qué lugar? el nombre que ha perdido.
¿Sé acaso qué reflujo traidor me ha retirado
tan pura y prematura de mi ser extremado,
y ha robado el sentido a mi vasto gemir?
Como el ave se posa me tuve que dormir.

Acaso fué en la hora gastada y aun naciente,
y el alma, la adivina, se volvió indiferente.
Ella ya no es la misma. Es una niña triste
que a las gradas oscuras vanamente resiste
y reclama a lo lejos sus manos olvidadas.
Hay que acatar los ruegos de muertes coronadas
y aceptar para rostro un soplo...
Dulcemente
heme aquí: a esa renuncia se somete mi frente...
Yo perdono a este cuerpo y gusto su ceniza.
Feliz a la pendiente me entrego escurridiza,
entre negros testigos, las manos supliciadas,
entre voces sin fin, y sin mí balbuceadas.
Duerme, cordura, duérmete. Fórmate de esa ausencia;
vuelve al germen, regresa a la oscura inocencia;
entrégate a las sierpes tan vivamente inerme.
¡Desciende!... Duerme siempre..., desciende..., duerme...,
[duerme...

(Sólo pasa la gasa por esta baja puerta...
Todo muere y se ríe en la boca entreabierta...
Bebe el ave en tu labio, pero no oyes su canto...
Ven más bajo..., habla quedo... Lo negro no lo es tanto...)

VII

DELICIOSOS *sudarios, desorden tibio y ledo,*
lecho donde me extiendo, me interrogo y me cedo,
donde del corazón sofocaba el latido;
sepulcro casi vivo, en mi alcoba erigido
y sobre el cual se escucha la eternidad entera.
Lugar lleno de mí que de mí se apodera
—oh forma de mi forma y tibieza vacía—
forma que imprimió el sueño y reconozco mía.
He aquí que tanto orgullo que en tus pliegues se hunde,
con todas las bajezas del sueño se confunde.
Sobre el lienzo en que, laxo, su muerte imita, inerme,
ídolo a pesar suyo, se dispone y se duerme,
lacia mujer total, los ojos en sus llantos,
sus secretos desnudos, sus antros, sus encantos
y aquel resto de amor que al cuerpo retenían,
su pérdida en acordes mortales corrompían.
Arca toda secreta y que tan cerca estabas,
mi transporte, esta noche, pensó romper tus trabas,
y he mecido tan sólo con mis lamentaciones
tus flancos, ay, cargados de luz y de creaciones.
¡Qué fríamente mis ojos, que el azul extravía,
del astro fino y raro miraron la agonía!,
y este sol juvenil de mis deslumbramientos
parece de una abuela alumbrar los tormentos,
tanto su alegre llama la presencia evapora
de los remordimientos, y compone de aurora
el cuerpo que de tumba se empezaba a formar!...
¡Oh, qué bello a mis pies y sobre todo el mar!
¡Ven!... Sigo siendo aquella que siempre has respirado.
¡Me huye hacia tu imperio mi velo evaporado!...

¡Ay! Entonces, si vivo ¿seré la despedida
eterna de mis sueños?... De un éxtasis vestida
sí vengo, sin horror, a ver la espuma airada,

y a beber su amargura riente en la mirada
por lo vivo del aire sintiéndome abrazar,
recibiendo en el rostro la llamada del mar;
si el alma intensa sopla, lanzando enfurecida
la onda fuerte y pujante sobre la onda abatida;
si en el cabo tonante su ofrenda blanca inmola;
si el secreto del mar viene a arrojar la ola
contra el acantilado, y salta hasta mi frente
un resplandor de chispas, helado y reluciente
y por mi piel mordida del agrio despertar:
mi corazón, entonces, oh sol, a mi pesar
adoraré, al que bajas para reconocerte,
del placer de nacer, retorno dulce y fuerte,

fuego hacia el que una virgen de sangre se levanta,
en las especies de oro de un pecho que te canta.

CARLOS R. DE DAMPIERRE.

Marqués del Duero, 4.
MADRID (España).

LEYENDA

I.—La hija de Euthydikos. Comienzos del s. v a. J. C. (Museo de la Acrópolis.)

II.—Bañista. Vaso de figuras rojas del s. IV. (Museo Nacional. Atenas.)

III.—Detalle de la Victoria de Paeonios. Mitad del s. v. (Museo de Olimpia.)

IV.—Lécythe blanco del «Maestro de Rouseaux». Fin del s. v. (Museo Nacional. Atenas.)

V.—Cabeza de un relieve funerario ático del siglo IV.

VI.—Anfora de figuras negras. Primera mitad del s. VI. (Museo Nacional. Atenas.)

VII.—Lécythe blanco del «Maestro de Roseaux». Fin del s. v. (Museo Nacional. Atenas.)

VIII.—Koré hallada cerca del Erekteion. 525-500 a. J. C. (Museo de la Acrópolis.)